

Centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira: **(1879-1979)**

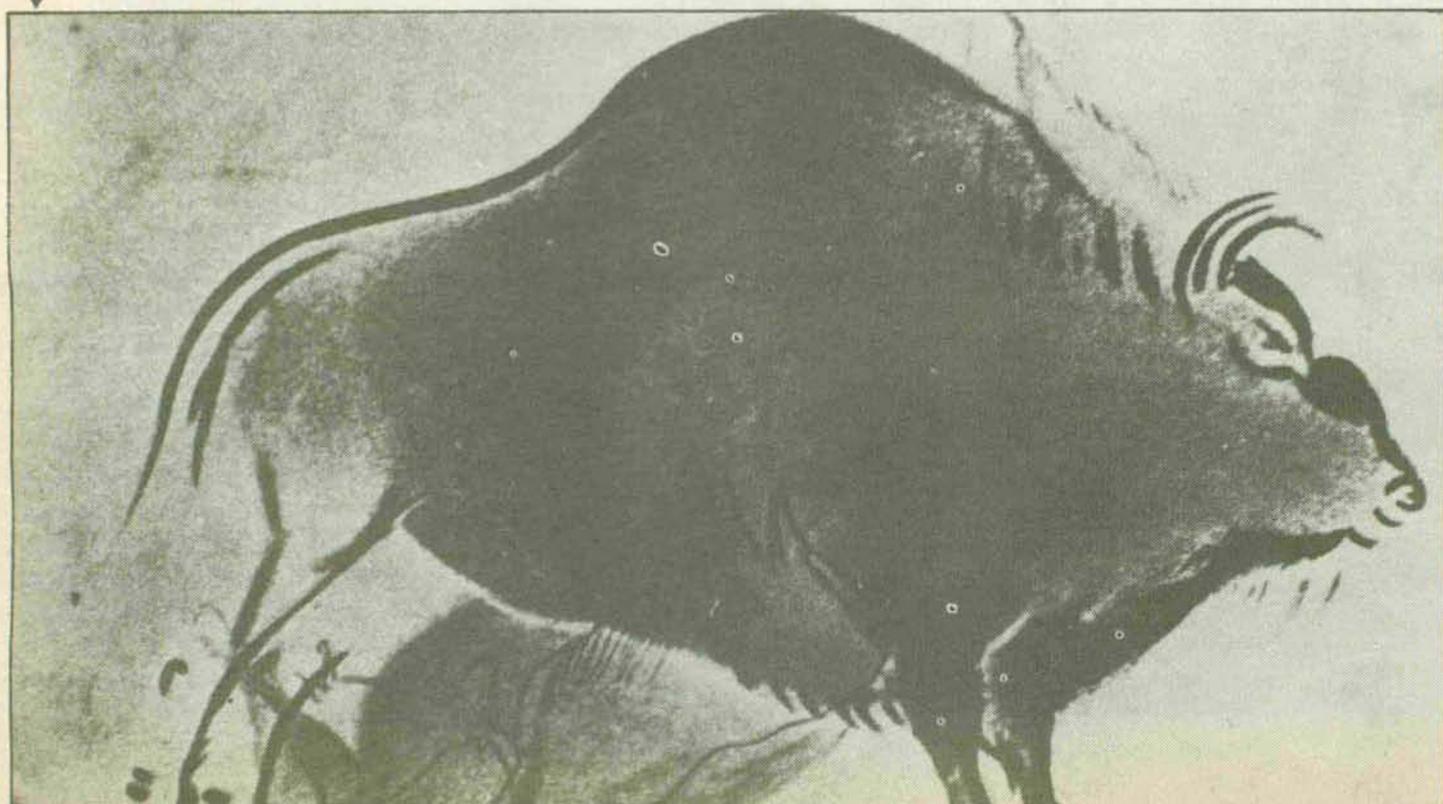
“¡Mira, Toros!”

José Miguel NAVEROS

CUANDO murió el abate Henri Breuil a los ochenta y cuatro años el 14 de agosto de 1961, se dijo por la Prensa del mundo que acababa de morir el descubridor de la cueva de Altamira. Escribí entonces en el diario «Ya» y en el semanario «El español» (1) que el abate Breuil se hubiera avergonzado de tal aseveración. Pero no importó mucho la información a pesar de su trascendencia para nuestro país. No se trataba de ningún hecho heroico, sino de un hecho cultural. Ortega y Gasset, espíritu observador como pocos españoles, vio la importancia de Altamira: «No hay duda; la cueva de Altamira es uno de los grandes hechos que han caído en el regazo de nuestra época. De un golpe ha triplicado el horizonte de la memoria humana, de la historia, de la civilización. Y como todo nuevo hecho de gran calibre, obliga a ensanchar enormemente nuestro sistema de ideas si ha de tener en él cabida». (2).

(1) «Ya», 31 de agosto de 1961: «El abate Henri Breuil»; «El español», 10 al 16 de septiembre de 1961: «El abate Breuil entra en la Historia.—Un capítulo en la vida del sabio: la cueva de Altamira.

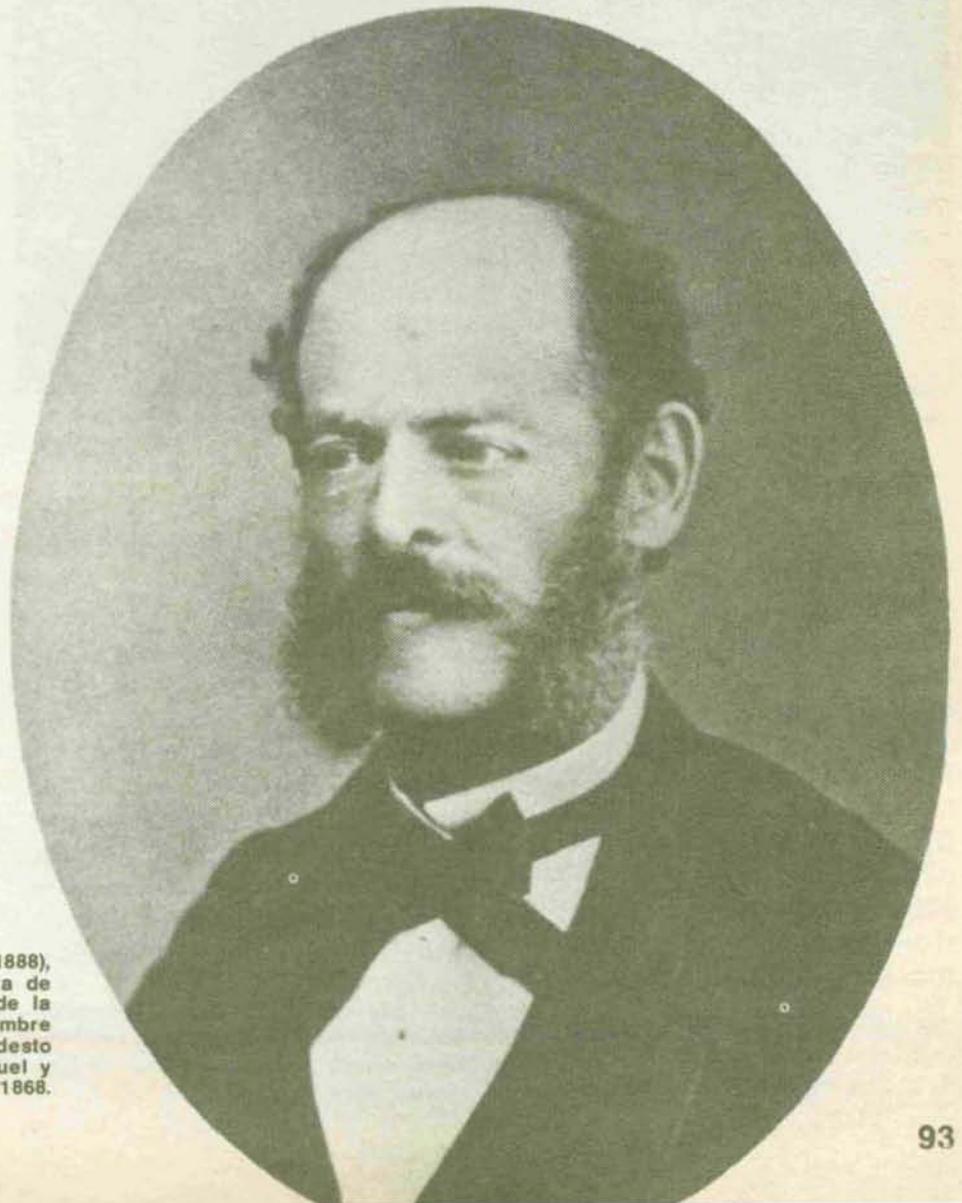
(2) «El Espectador» V (1927) Ortega y Gasset.





Calco de Breuil de un bisonte policromo, de la cueva de Altamira.

SE daba la circunstancia que el abate Breuil la primera vez que estuvo en España fue acompañando al eminente prehistoriador francés Cartailhac, sabio entre los sabios de Europa en Prehistoria, y que había recibido, escéptico, la noticia del descubrimiento de la cueva de Altamira cuando se lo comunicó el propio don Marcelino Sanz de Sautuola, enviándole su libro «**Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander**», el año 1880. Era demasiado golpe para Cartailhac, Harlé, Martillet y otros que se hiciera una revelación del «arte rupestre» como un nuevo hecho de gran calibre que ellos no conocían. Marcelino Sanz de Sautuola sólo tuvo entonces un valedor, el español Juan Vilanova, profesor de Geología



Don Marcelino Sanz de Sautuola (1821-1888), iniciador de las prospecciones de la cueva de Altamira, en busca de posibles indicios de la ocupación de la misma por el llamado «hombre antediluviano». En sus tierras descubrió Modesto Cubillas Pérez, vecino de Puente San Miguel y aparcerero suyo la cueva de Altamira, 1868.



Maria Sanz de Sautuola, en los años de su descubrimiento de las pinturas rupestres de la cueva de Altamira.

de la Universidad Central de Madrid. Pero más tarde se le unió el profesor Henri Martin. Este había conocido a Sautuola con motivo de la Exposición Universal de París de 1878, donde resolvió nuestro «Don Marcelino de la Prehistoria» realizar algunas investigaciones serias en Santander. Y él mismo escribe en sus «Breves apuntes» (que nosotros tenemos por valiosísimos), en el párrafo segundo:

«Guiado por tal propósito, comencé mis investigaciones a la aventura, y a la verdad

que no puedo quejarme del resultado» (3).

En ese resultado entra el descubrimiento de la cueva de Altamira, de la que conocía su existencia por Modesto Cubilla, arrendatario de unos terrenos de Sautuola, que había entrado en ella yendo de cacería el año 1868; don Marcelino lo hizo en dos o tres ocasiones, pero sin prestarle el detenimiento que merecía. Volvía

(3) «Breves apuntes sobre algunos objetos históricos de la provincia de Santander», por don Marcelino S. de Sautuola. Santander, 1880.

ahora en 1879 acompañado de su hija María, de nueve años, que, como os contarán los consabidos «más viejos del lugar», correteando exclamó dirigiéndose a su padre: «¡Mira, toros!».

Era el bisonte de Altamira y se probaba fehacientemente la existencia del arte rupestre, por lo que es fácil de imaginar el escándalo causado por la comunicación de la noticia a España y al mundo. Se ha tocado una caracola como anunciando una maravilla. Pero la ciencia duda, y entre los que más dudan está el sabio prehistoriador Cartailhac. Se habla hasta de falsificación, pero el posterior descubrimiento de la de Derdonne obliga a reconocer la evidencia de la de Santillana del Mar: Altamira. Cartailhac, con el entonces su alumno Henri Breuil, se llega a Altamira, año 1902 —veintitrés después del descubrimiento, ¡ya estaba bien!—, y regresando a Francia escribe un artículo titulado «La grotte D'Altamira, mea culpa d'un sceptique», «con lo que quedaron reconocidos oficialmente por la Sociedad Prehistórica de Francia doce mil años de Prehistoria en su última fase».

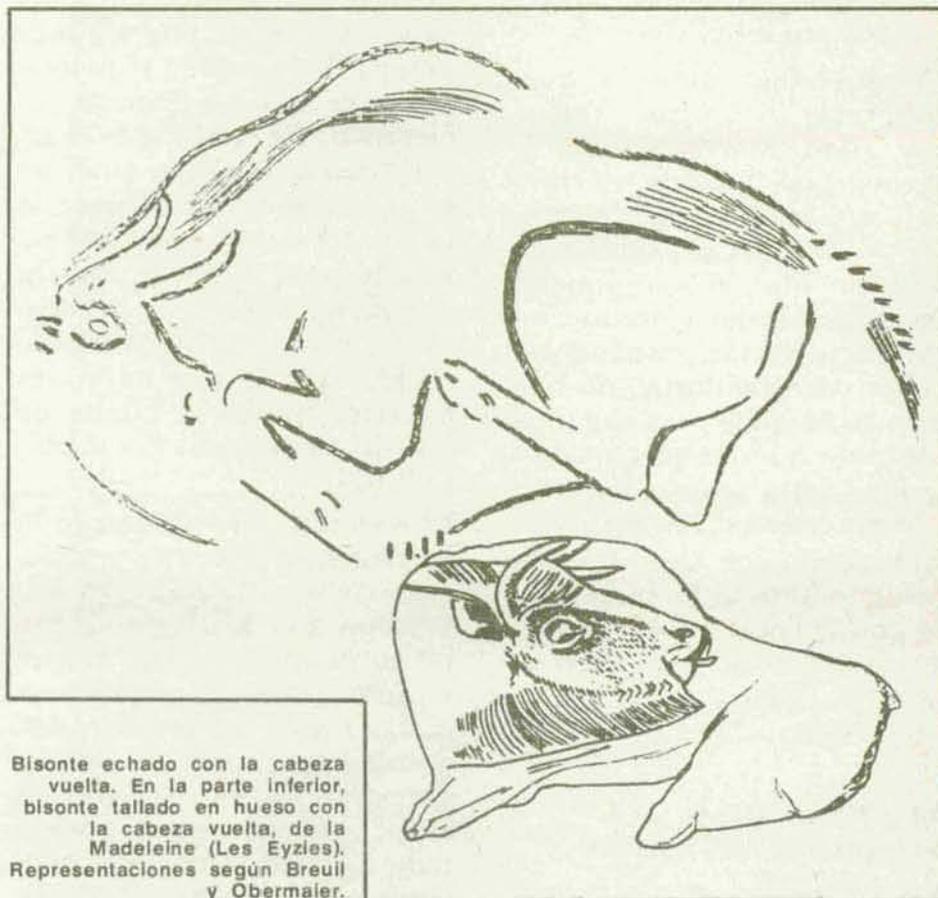
Deshelette llamó con fortuna a la «gran sala» de la cueva, situada a la izquierda de la galería principal, la «Capilla Sixtina» del Cuaternario, hoy reproducida en el «Deutsches Museum» de Munich y «Museo Arqueológico Nacional» de Madrid.

ALTAMIRA, FASE QUINTA DEL «ARTE RUPESTRE»

El abate Henri Breuil, del que se dijo al morir que había descubierto la cueva de Altamira, no trajo nunca en sus visitas a España el propósito de descubridor de esta singular mues-

tra del Cuaternario, sino vino como investigador estudioso de la Prehistoria, y sus visitas le sirvieron de mucho. Breuil estableció las **cinco fases** en el arte rupestre, y en la «quinta», **magdalenense superior**, situó a Altamira, que es de una inverosimilitud patente por el acierto con que el artista cuaternario utilizó las protuberancias y redondeces naturales de la roca para, con el grabado y la pintura, llegar a representar en su plenitud la hermosa plasticidad de la vida, como por el hecho de que estos dibujos se hayan conservado durante miles de años. La adhesión del color se da inalterable sobre la piedra.

Con esta fase —que Breuil representa en Altamira— muere el arte rupestre tan súbitamente como el moviliar, aunque se señalan algunas mani-



Bisonte echado con la cabeza vuelta. En la parte inferior, bisonte tallado en hueso con la cabeza vuelta, de la Madeleine (Les Eyzies). Representaciones según Breuil y Obermaier.



H. Breuil, el príncipe Alberto de Mónaco y H. Obermaier durante una de sus estancias en Altamira (1929).

festaciones posteriores, generadas y sin interés.

En esto había caído —si queréis instintivamente— nuestro «Don Marcelino de la Prehistoria» cuando escribió con su sencillez característica: «...No será aventurado admitir que si en aquella época se hacían reproducciones tan perfectas, grabándolas sobre cuerpos duros, no hay motivo fundado para negar en absoluto que las pinturas de que se trata tengan también una procedencia tan antigua». El problema de Altamira está resuelto ante la Prehistoria y es quizá el más importante de sus exponentes, con independencia absoluta de la belleza que guarda.

EL MISTERIO O LA MAGIA DE ALTAMIRA

Tenemos que volver a Ortega y Gasset, tan cerca de todo, para plantearnos que la belleza que se atribuye a Altamira —los pintores de Altamira— no es arte, «sino algo más importante: magia. Entre los

bisontes, ciervos, caballos salvajes, cabras, hay algunas manos de hombre. Al principio, con una explicación racionalista, se supuso que el artífice había apoyado en el techo su palma, húmeda aún de la sustancia con que pintaba. Pero luego se ha encontrado la misma mano en otras decoraciones prehistóricas. Además, no se trata de una impronta negativa, no es la huella de una mano, sino una mano pintada» (4).

Esta es una penetración en la verdad y no se oculta a nadie que visite Altamira. Ya expresaba don Marcelino como preguntando... «si los dibujos y pinturas de que me he ocupado, y que en mi humilde opinión son dignos de estudio detenido, habrán servido de solaz a algún nuevo Apeles; todo cabe en lo posible, pero juzgando el asunto en serio, no parece que pueda aceptarse esta opinión».

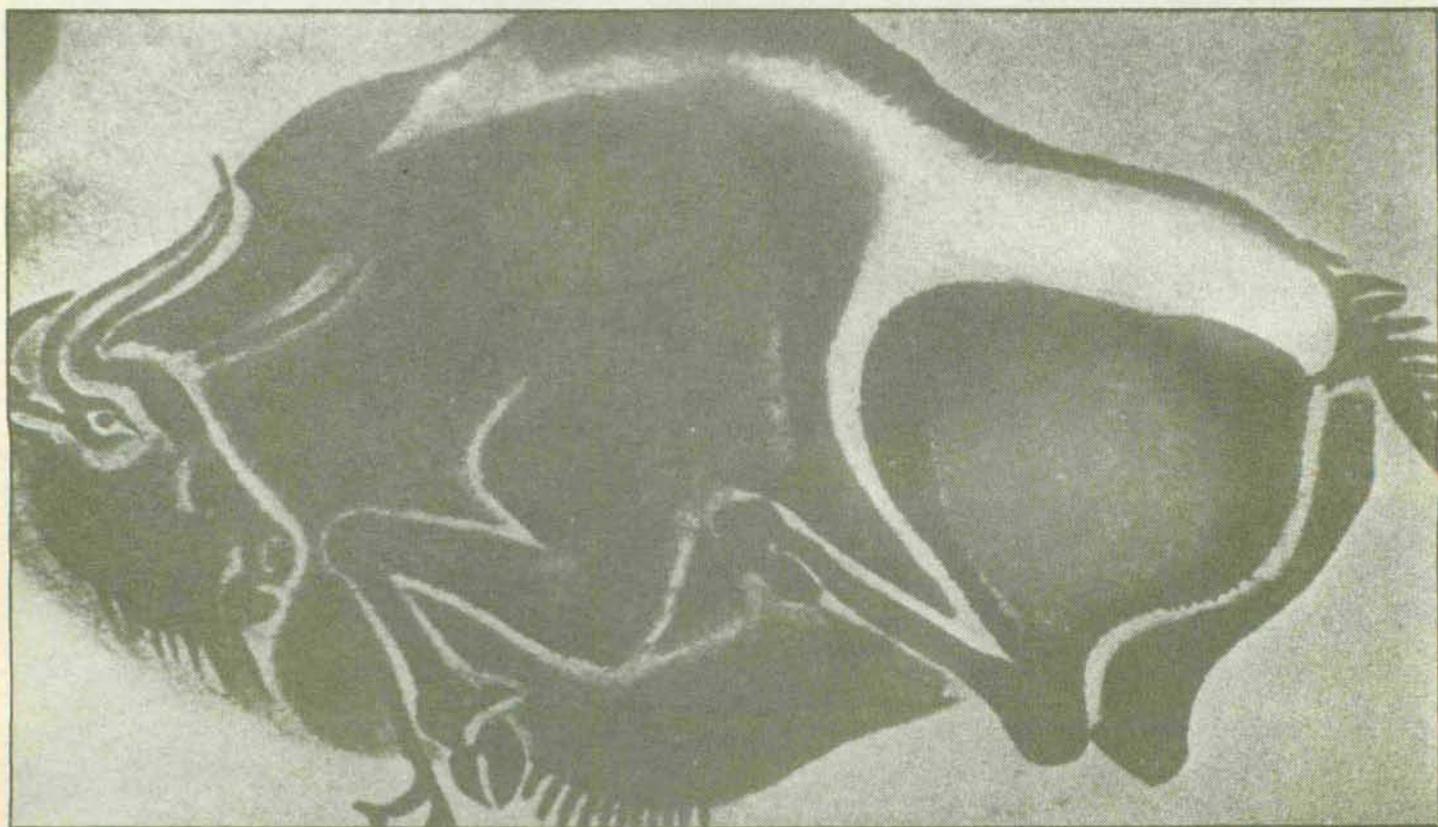
La respuesta viene otra vez de don José Ortega y Gasset: «El misterio donde nos instalamos al penetrar en esta ca-

vena no es ella ni su vulgar tiniebla de cuarto oscuro: es el alma del hombre primitivo. Y por ella empieza hoy la ciencia a caminar torpemente, las manos adelante, dilatando los poros de la tiniebla. Cada día va apareciendo más distinta, más distinta, su psiqui de la nuestra» (5).

Altamira aspira a abrir una nueva historia del arte, de un arte puro y sencillo. «No hay duda —se ha afirmado— que Picasso, en ciertos dibujos de animales y sobre todo en los toros de sus corridas, se ha resentido irresistiblemente de la influencia de las pinturas prehistóricas de la cueva de Altamira. En los inicios del siglo el descubrimiento de aquellas grutas ofreció una de las fuentes más valiosas para la renovación del arte contemporáneo, así como pocos decenios antes había sucedido con la llegada a Occidente de los grabados de "Utamaro" y de otros antiguos maestros japoneses. La pureza emblemá-

(4) *Idem, O. y G.*

(5) *Idem, O. y G.*



Bisonte echado con la cabeza vuelta (representación de Breull).

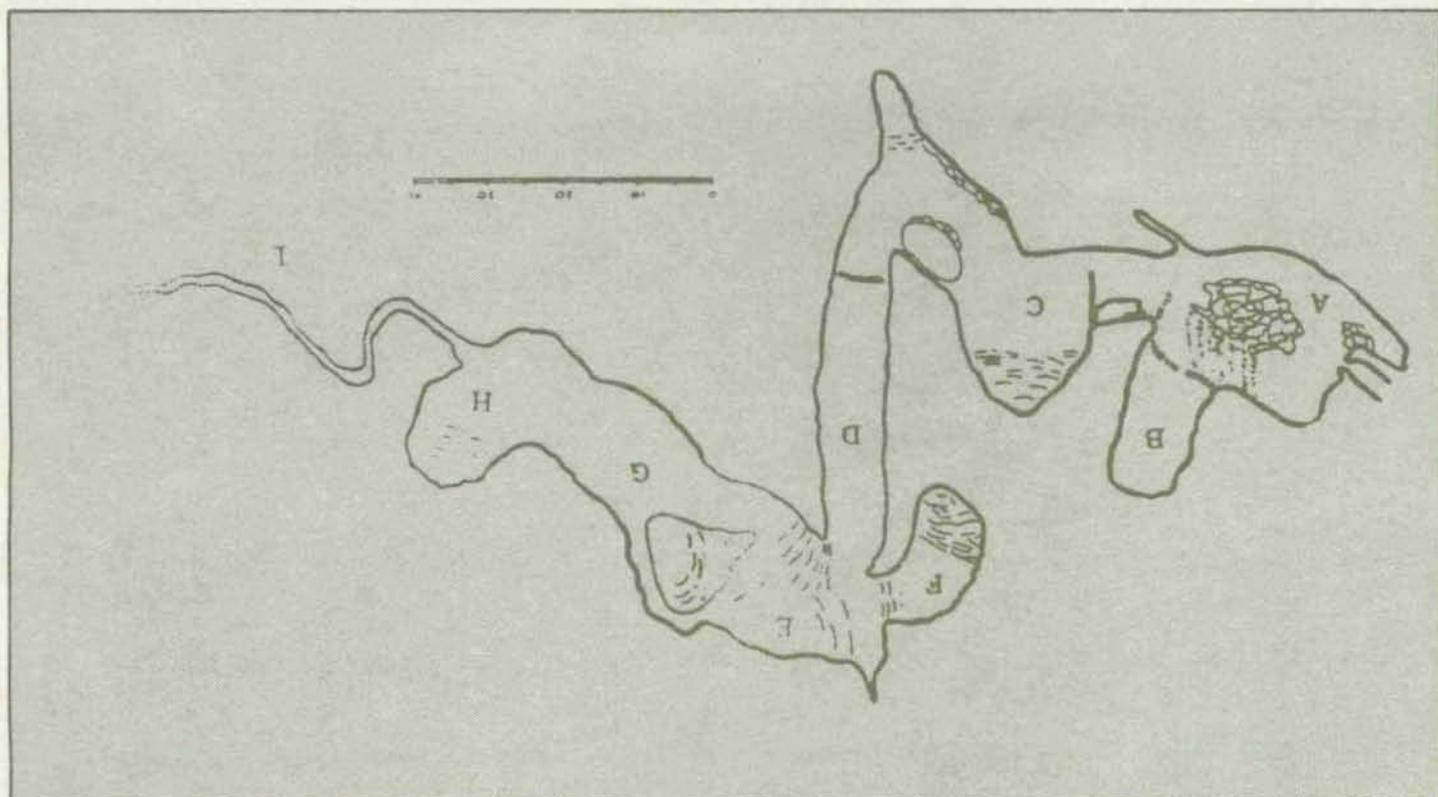
tica de aquellas figuras reunidas a través de síntesis plásticas que no degeneran jamás en la ornamentación y en la cifra, sugerían a los jóvenes artistas de entonces el camino para librarse del impresionismo, les indicaba la posibilidad de un nuevo rigor clásico».

Algo de esto, sin estas líneas de convergencia, se le aplicó a Goya, en sus dibujos taumáticos, diciéndole que era «un mísero discípulo de aquellos iberos pintores». Y Goya no pudo nunca pensar en Altamira. El arte no está en una sola mano —decimos en una sola persona— ni se limita a una época determinada. La voluntad artística se revela misteriosamente. Casi es magia. (La afirmación, de Ortega).

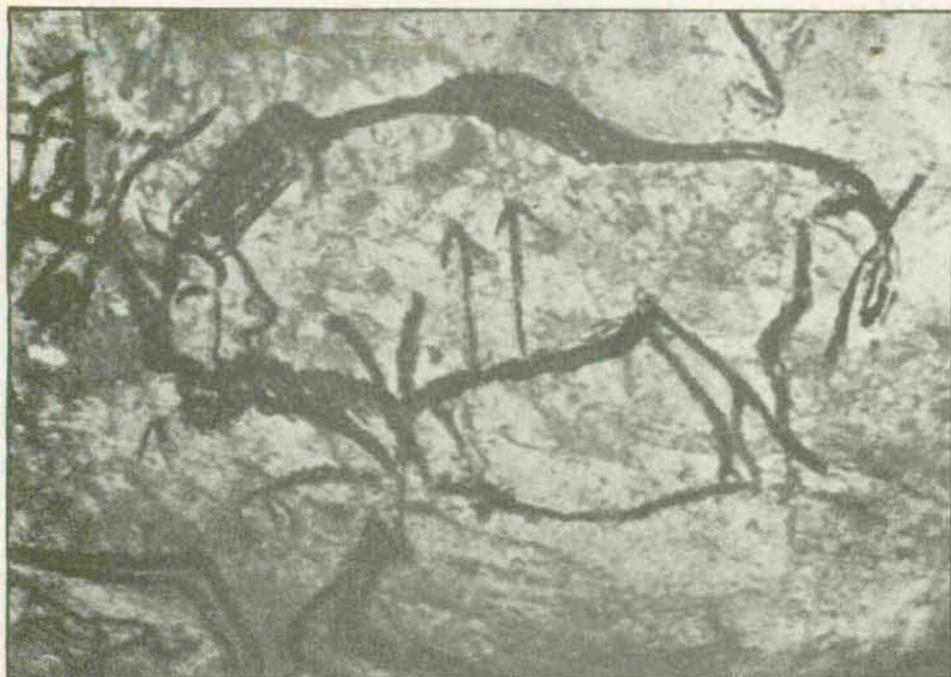
De esta forma se ha filtrado Altamira, como un hito de cultura, de cultura primitiva, en la civilización del mundo. Ha servido de inspiración artística y ha sido el puente que sirvió de unión de la Prehistoria con la Historia.



H. Breuil y P. Teilhard de Chardin en una de sus visitas a España.



Plano de la cueva de Altamira. (A: vestibulo; B: gran sala de pinturas; C-H: otras salas y corredores; I: extremo final).



Representación de un bisonte herido en el «Salon Noir» de Niaux (Ariege).

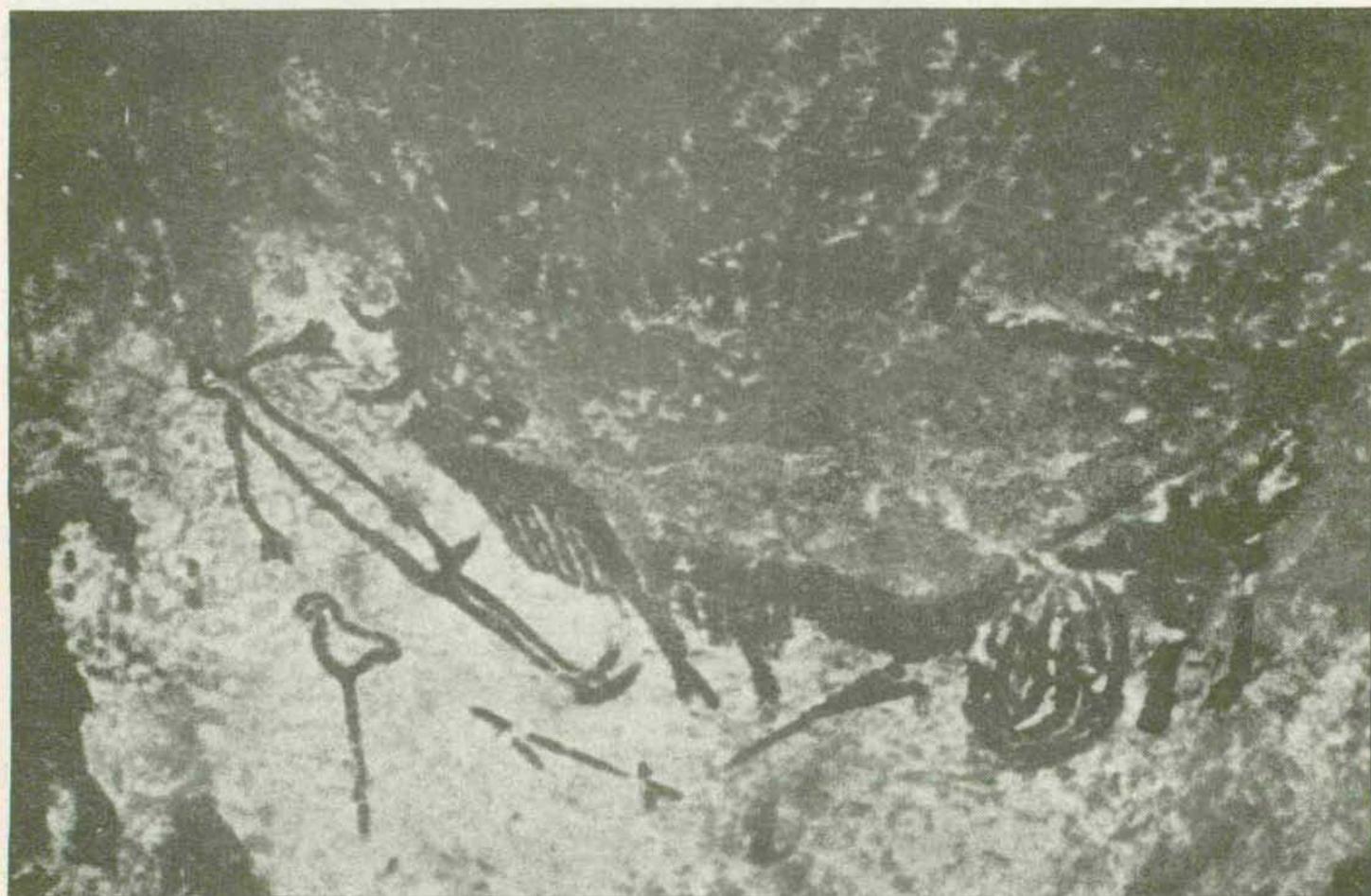
Y con haber descubierto Altamira y casi toda la prehistoria de Santander, don Marcelino Sanz de Sautuola nos dice con modestia:

«Quédese, pues, para otras personas más ilustradas el hacer un estudio concienzudo sobre los datos que a la ligera dejo mencionados, bastándole

al autor de estas desaliñadas líneas la *satisfacción* de haber recogido una gran parte de objetos tan curiosos para la historia de este país, y de haber adoptado las medidas oportunas para que una curiosidad imprudente no haga desaparecer otros no menos importantes, dando con todo esto motivo a que los hombres de ciencia fijen su atención en esta provincia, digna de ser estudiada más que lo ha sido hasta hoy».

Sautuola ha puesto su broche mirando al terruño... Ha pedido que no se olvide. Y no sé, la verdad, si será así. Pero no ha recibido mucho Santander en estos últimos años. Promover el turismo sin más no es andar alerta en un país. Altamira es un capítulo en la vida y hay que cerrarlo.

Al cumplirse el primer centenario del descubrimiento de



Bisonte herido con una azagaya cargando furioso contra un cazador ornitomorfo, con un supuesto mástil totémico a su lado.

Altamira este año 1979, sin que sepamos el día, nos hace volver a interesarnos de los consabidos «más viejos del lugar», que no lo saben... Pero debe caer por estos días cuando se oyó exclamar: «¡Mira, toros!».

Hablo en historia, sin extenderme (¿por qué han de sobrar palabras?), y recuerdo los versos de don Miguel de Unamuno:

*«¡Ay, cueva de Altamira,
libre de sol, santo coso
del instinto religioso
que a un cielo de carne as-
[pira!*

*España de antes de Adán
y de Eva y su paraíso,
cuando a los hombres Dios
[quiso
dar hambre por todo pan».*

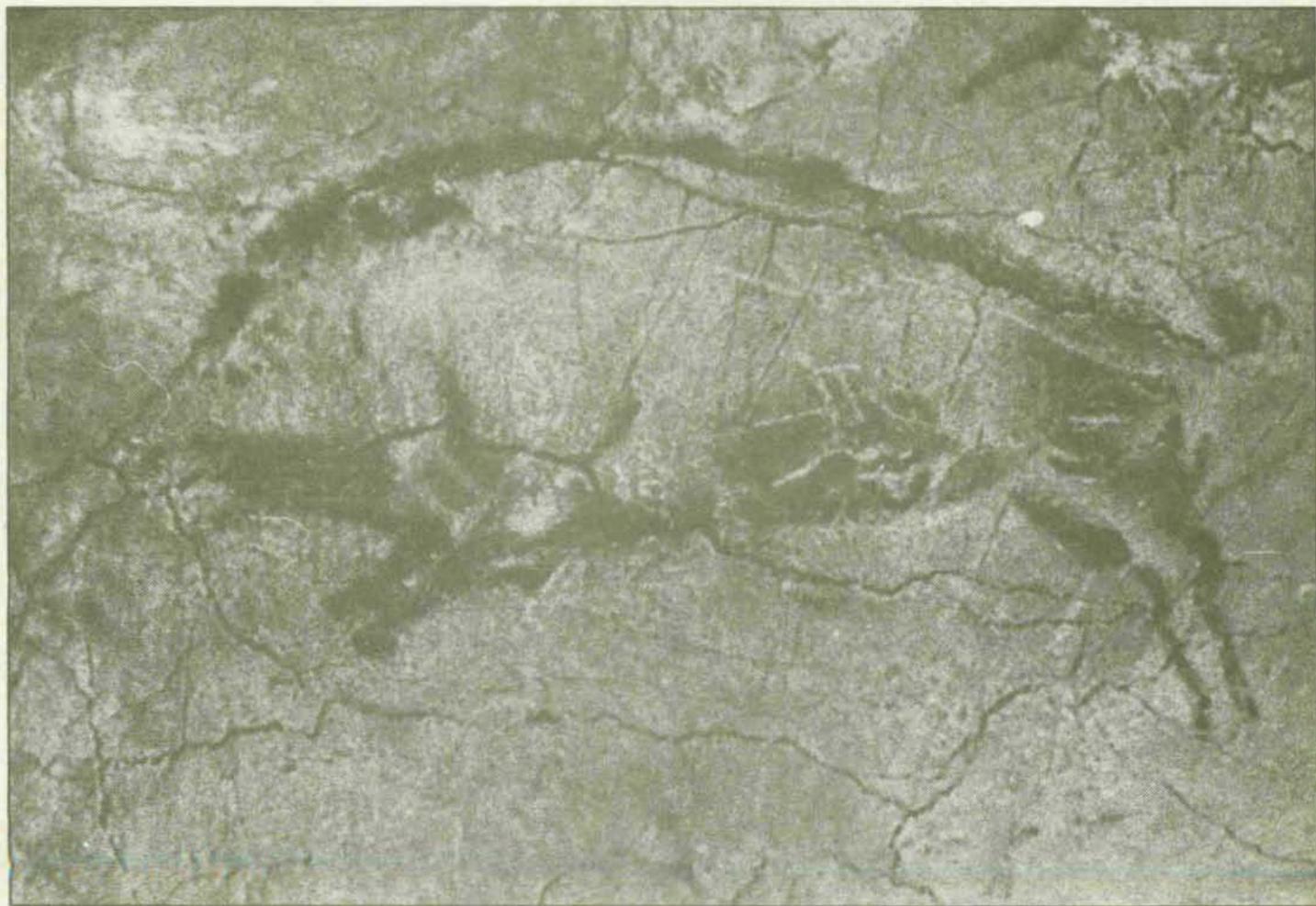
Me quedo soñando en años atrás de nuestra era, y siento



Representación policroma de bisonte *bonasus* debatiéndose o echacado, de la gran bóveda de Altamira.

el dolor del hombre, y la satisfacción también del hombre y el fin del hombre en años incontables, para repartirlos entre todos los que somos, fue-

ron y serán. Altamira es una verdad saliendo de una cueva y enfrente puede levantarse un castillo. Sombra y luz del hombre siempre. ■ J. M. N.



Representación policroma de un *Sus scrofa*, en Altamira.